



Nostalgia Magallánica

● Por Raúl Morales Álvarez

NO me lo va a creer nadie. Pero doy mi palabra como garantía de que el hecho que paso a relatar es efectivo. Recién no más, el otro día, llegó a mis manos el telegrama que el poeta magallánico, José Grimaldi, me había enviado en mayo, sin que pueda culpar por el atraso a persona alguna. Lo cierto es que el mensaje, donde el poeta se interesaba fraternalmente por la salud de mi mujer, llegó oportunamente a buscarme en Santiago, cuando yo ya no era un habitante estable de la ciudad fundada por el primer don Pedro que sacó pecho en Chile. Había escapado de los plurales fantasmas que acechaban mi vejez —la artritis, el asma, la hemiplejía, y ese cansado dolor que se clava en el costado como una lenta puñalada—, para refugiarme en un nomadismo litoral, frente al mar y a los naufragios, dando trancos por la costa, de aquí para allá, sin detenerme en ninguna parte, mientras el telegrama, a su vez, se ponía a perseguirme con la tenacidad de un perro que casi me agarró los talones.

Logró hacerlo, después de tantas vueltas y revueltas, ubicándome entre las chirimoyas y los paltos de Quillota, para invadirme de una feliz sorpresa agradecida que perdura todavía. Es lo que explica la nostalgia de Magallanes que tengo ahora, con la visión de su símbolo humano más perfecto, el ovejero, ese héroe sin medallas que vive en la recia escultura de Germán Montero,



inspirada en los versos profundos que le dedicó el propio José Grimaldi, y exijo a todos poner el oído fino para catarlos sin reparos: "No es el gaucho de la pampa/ ni el cowboy de la pradera,/ ni el huaso ni el charro/ el ovejero de mi tierra".

Y tal como Grimaldi lo presenta: "Es un símbolo cruento/ del empuje y la paciencia/ frente al viento que le curte/ y el silencio que lo aprieta". Por eso: "Va clavado en su caballo/ tranco a tranco, legua a legua/ con la voz guardada adentro/ y la vista siempre alerta". No requiere más para ganarse a pura sangre su ración de dos kilos de cordero al día. "Ni usa típicos vestidos/ ni le cuelgan pistolerías,/ no le teme a la llovizna/ ni a los frios que le queman". El ovejero se ofrece siempre fiel a una consigna inabdicable: "Va tenaz tras de su piño/ mar de lana por la senda,/ y a su mágico silbido/ corre el perro de faena". Su imagen, de este modo, es la de un perenne no-te-olvido para todo magallánico: "Yo lo he visto muchos días/ empeñado en su tarea/ y lo he visto muchas noches/ contemplar a las estrellas". Y así, en suma, es como lo ve Grimaldi: "Solitario y pensativo/ siempre tras de sus ovejas,/ es un rey sin trono fijo/ el ovejero de mi tierra".

Así también lo vuelvo a ver ahora, sólo cerrando los ojos para el logro mágico, transido de un súbito desecho. Quisiera irme a Magallanes para el tiempo de la esquila y estar entre los que tonsuran hasta 200 ovejas al día sin asombro, despojándolas del traje de lana que llega a pesar 7 kilos, ganándose los 65 centavos de dólar que pagaban en mis días por cada animal dejado con el cuero al aire.

Nostalgia magallánica [artículo] Raúl Morales Álvarez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Morales Álvarez, Raúl, 1912-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nostalgia magallánica [artículo] Raúl Morales Alvarez. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile